

Santiago, 29 de Diciembre de 1924.

IDA Y VUELTA.-

Ya el asunto de la Escuela de Aviación se está volviendo francamente cómico.

El jefe de la Fuerza Aérea, general don Luis Contreras, se ha presentado a la Asamblea Radical en demanda de justicia.

Ahora no es, ya, la política la que va hasta el Ejército, sino el Ejército que llega a la política.

El general va a defenderse de algunos cargos que completan el sainete. Sus subordinados lo culpan de todo lo que pasa, ha pasado y pasará en la Escuela, desde el mal estado de los aeroplanos, hasta la muerte de los aviadores. Se le hacen gravísimas inculpaciones por el tardío bautizo de tres o cuatro aviones que ya habían pasado su primera juventud sin ese auxilio religioso; por haber tomado parte en una revolución fantástica y aérea que no logró estallar; por tener, en fin, un carácter menos seductor y atrayente del que es indispensable en los servicios aeronáuticos.

El general se defenderá sin duda; se defenderá elocuentemente y acaso llegue a demostrar que él no ha envejecido voluntariamente ninguno de los aeroplanos; que no los bautizó antes, pura y exclusivamente por espíritu anti-clerical; que ha sido menos revolucionario que sus subordinados, y que la índole de su carácter no ha impedido ningún aterrizaje ni ha causado ninguna desgracia personal.

Una parte de su defensa ha sido ya escuchada por la Asamblea Radical; pero ésta, con una crueldad y rigorismo que deja atrás a cualquier consejo de guerra, no se ha dado por satisfecha y ha exigido al general que asista a una nueva sesión a la que se invitará a los oficiales que deseen insistir en sus inculpaciones.

Producido, así, el careo entre el jefe y los subordinados, el vaudeville terminará con una escena netamente latino-americana.

No hay que lamentarse de ello. Acaso esta exhibición de disciplina militar ante un centro político, contribuya a preparar la vuelta al régimen civil que ahora anhelan por igual militares y paisanos.

Será, en todo caso, una manifestación de disciplina conciente, que logrará resarcirnos de la indisciplina inconciente con que el señor Alessandri nos llevó al militarismo.

En efecto, el "licenciado" fué el primero en intentar un motín militar en 1919, para obtener la presidencia; después, siendo Presidente electo, anunció al Ejército que endulzaría los rigores de la disciplina, con suaves voces de mando; por último, en el desempeño de sus altas funciones siguió ilustrando a los oficiales en las conveniencias de la deliberación.

Primero fué una conferencia sobre Tacna y Arica, en el Club Militar; luego, un discurso en la Escuela de Caballería, para explicar al Ejército que no debía permanecer ajeno a la política.

El Ejército le entendió y trató de sacarlo de su puesto.

Esto pasaba el 4 de Septiembre; pues bien, ese mismo día -siempre fiel a sus ideales- insinuó a los oficiales la lista de peticiones que debían formularle en forma imperativa y violenta.

Lo echaron.

El señor Alessandri llevando las discusiones políticas al seno del Ejército, nos trajo el militarismo.

Puede que, ahora, el general señor Contreras, llevando las discusiones militares al seno de la política, nos traiga la vuelta del régimen civil.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile